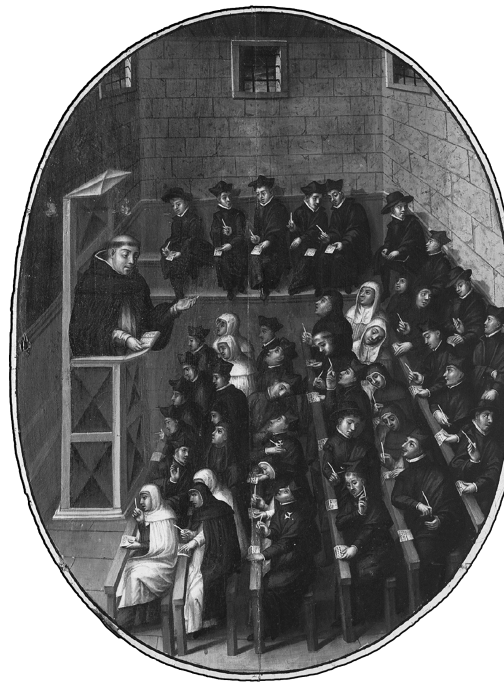
§ § *IMAGO UNIVERSITATIS*

Fernando R. de la Flor

FERNANDO R. DE LA FLOR

IMAGO UNIVERSITATIS



La formación de una imagen colectiva; la promoción de un objeto de conocimiento a la categoría de un verdadero *icono*, expandido infinitamente a través de los tiempos, pero que también logra particular resonancia en cada uno de los lugares del mundo donde una cultura actúa y encuentra referencia, es uno de los fenómenos no más raros, pero sí más complejos y problemáticos de captar en toda la intensidad de su manifestación. Pues es preciso ante ellos ejercitar una suerte de «mirada» que quizá solo puede encontrar muy lejos, en la genealogía y en la historia, la explicación de tal persistencia en la memoria colectiva.

La Universidad de Salamanca tiene aquel carácter de reunir en su *sello* y blasón y comprimir en él –acaso con la sola mención de su nombre y marca– el archivo todo de una vasta memoria y la

cifra de un siempre incidentado –y también, por momentos glorioso– devenir por la historia. Que haya podido mantenerse con aparente firmeza a través de avatares y tiempos tal imagen histórica es lo extraordinario.

En relación a ello conviene organizar una reflexión en torno a cómo ha podido suceder lo que al final ha sucedido: el que de la quiebra general de valores y de la desaparición práctica de muchas de las grandes empresas del pasado que se han hundido con él, tal vez esta de un mito constitutivo del Estudio General de Salamanca haya podido, entre muy pocas, mantenerse incólume e inasequible al desgaste, sobreviviendo, incluso, a momentos y procesos de profunda decadencia, y ello gracias al prestigio de su *aura* impalpable y renovada a cada cambio de clima de época.

Hoy, como lo fue ayer, es preciso constatar que se encuentra todavía firmemente implantada en el inconsciente general del país tal imagen; que su valor simbólico sigue aún en circulación en un vastísimo imaginario colectivo, haciendo de esa institución un verdadero *lugar de memorias*, y, desde luego, convirtiéndola en uno de esos epicentros referenciales que, como pilares,

fundamentan y dan la clave a la arquitectura cultural del mundo hispánico de todas las épocas. Su potencial y, por decirlo en términos de análisis de las formaciones sociales, lo *aurático* que alienta en su «construcción de presencia», permanece pues, y ello le permite, como dispositivo de Estado asentado en principios seculares, soñar con una reactualización. Es siempre posible operar en él una suerte de recarga semántica, algo que en los nuevos tiempos que vienen pueda actuar como motor de un proceso modernizador de los parámetros y valores tradicionales en los que se afirma su existencia. Existencia, por cierto, de institución que ha sobrevivido a todos los declives posibles, embarcada en un proceso de *resilience*, de resistencia a perecer y a apagarse en su crédito, en su estrella.

Lo cierto de los símbolos es que o se reproyectan en cada época y con cada generación que los acoge –y esto ha sucedido en términos generales con la Universidad de Salamanca permitiendo su durabilidad prestigiosa– o, finalmente, se devalúan y extinguen en su significación para siempre.

La imagen de la Universidad de Salamanca encuentra su genealogía en una dimensión que

se remonta al muy caracterizado período de construcción medieval de unos saberes normativos en la Península, los cuales actuaron en su época como verdaderos fundamentos teopolíticos para la creación de unos reinos cristianos.

La *imago* de la Universidad salmantina se acredita desde entonces como una suerte de proyección utópica, según la cual cristaliza territorialmente una «fábrica» del conocimiento puesta al servicio de una infinita, vasta, empresa de expansión, y cuya explícita ambición de reconocimiento universal proviene también de muy antiguo. Al menos desde el momento inaugural en que Alejandro IV dictaminó la validez de los títulos salmantinos en todo el orbe cristiano.

El hecho mismo de que esa expansión quedase en un determinado momento histórico (que no puede ser otro que el siglo barroco por excelencia) suspendida, añade a la perspectiva histórica un componente nostálgico, melancólico, que no hará sino incrementar el «encanto» de tal imagen.

Es esto, pues, lo primero que cabe constatar en tal proyección de corte idealista. Es justamente esta profundidad de siglos en la que viene de antiguo operando la que, en forma de capital

simbólico y de archivo de cultura supremamente valiosa en razón de su vetustez y al tiempo también de su eficacia histórica como símbolo identitario, le presta un espesor y una acumulación de sedimento único. Con ello no podrá competir, desde luego, cualquier tipo de nueva construcción que en los tiempos modernos aspire a medirse con ella en lo pasado, en la profundidad de la herencia.

Se trata, pues, en el caso de esta Universidad universal, de una institución nuclear, determinante en lo que fue el primer momento de la construcción histórica de un reino que derivará pronto hacia estado de naturaleza imperial con influencia decisiva en varias plataformas continentales.

El pasado es, siempre, un capital, y su plusvalía, que en el caso de la Universidad de Salamanca actúa prioritariamente en la dimensión de lo simbólico, en la forma de un depósito y de un *tesoro* estabilizado y siempre presente ahí, aun cuando sea de naturaleza intangible, se rentabiliza a cada paso y en cada ocasión que se efectúa una revisión y una puesta al día de lo acumulado en el pasaje de los años. Son, en efecto, el potencial de asociaciones vinculantes y el establecimiento de redes históricamente tejidas, los que promocionan y exaltan la figura de la institución.

Si examinamos los elementos que determinan y explican el valor en lo simbólico que ha alcanzado esta Universidad, entonces es necesario pensar en segundo lugar en un hecho singular que en ello se produce: el de que la propia ciudad de Salamanca se acoge a una metáfora fundacional que constituye casi su timbre, su leyenda, y que, al cabo, también ha devenido su imagen más característica y peculiar: la de que en ella la vida civil crece solo a impulsos de la propia estructura de saber, dependiendo enteramente de la red física de instituciones dedicadas al conocimiento.

Versionando el famoso lema de la fachada de las Escuelas Mayores, diríamos que no solo los reyes son para la Universidad, sino que, sobre todo, la Universidad es para Salamanca, como esta ha sido tradicionalmente para *su* Universidad. Y en este destino común y en esta simbiosis verdaderamente peculiar de ciudad y de institución se juegan ya mucho de las calidades de emblema verdadero que la gran y antigua corporación ha podido alcanzar, pues le da a la misma una referencia urbana, le concede un espacio propio, una precisa *topología*, y crea al mismo tiempo para ella un ámbito más extenso que ella misma: un dominio propio (y singular).

En virtud de este paso, la creación de la ciudad queda para siempre referida y subordinada al establecimiento en la misma de un potente núcleo donde se depositan los valores de lo que conforma, mirado en su aporte fundamental, un *patrimonio inmaterial*: el que en adelante signa la existencia de una universidad famosa, que, en realidad, ha terminado por «crear» una ciudad como escenario propio en cuanto plataforma o *theatrum* de su visibilidad histórica.

Lo inmaterial determina pues la estructura entera de lo puramente material. Esta percepción será central y determinante a la hora de preguntarse por una imagen pregnante de la Universidad de Salamanca. Es este, en efecto, el segundo de los argumentos que desarrolla la idea de un imaginario asociado a un espacio que resulta ser territorialmente liminar y casi perdido en la geografía ibérica, pero que, sin embargo, ha de adquirir una gran implantación en el orden de lo simbólico, acaso por su posición excéntrica en la forma casi de un verdadero corazón y en adelante *centro*, «laboratorio» de producción espiritual de un castellanizado Reino de España.

Corazón, en todo caso, desviado; espacio ciertamente en ocasiones marginado, que, sin embargo,

durante siglos, será un camino obligado para una experiencia radical de formación en el saber y de conquista de grados en el proceso de conocimiento (y, también, de reconocimiento). El *cursus* seguido por los intelectuales hispanos a lo largo de tres siglos pasa necesariamente por Salamanca, que deviene entonces la *ciudad letrada*.

Desde muy pronto la percepción que se tiene de la Universidad es que esta se encuentra fundida en el cuerpo mayor de la propia ciudad haciendo un todo topológico con ella, creciendo a sus expensas incluso, como llegará a afirmar su cronista más importante a lo largo de todo el Antiguo Régimen, Gil González Dávila, cuando escribe:

Era pequeña ciudad antes que hubiese Universidad en ella que, sobreviviendo, se hizo mucho mayor, ensanchando sus calles, y multiplicando edificios con el gran concurso de los que venían a la nueva feria de los Estudios y las Letras.

Más allá de esto, cabe pensar también, como elemento de asentamiento de crédito de la Universidad, en un imaginario colectivo que se concibe asimismo como *koiné* lingüística, como

comunidad forjada en torno al uso de la lengua castellana. Sucede que, en efecto, Universidad y proceso de construcción de la lengua y la cultura discursiva están asociados con vínculos que universalmente se reconocerán y se harán explícitos a través de todos los tiempos. En este punto, la figura fundadora de Nebrija, como teórico de aquella lengua, se combina con la del propio fray Luis de León, en cuanto eminente práctico de aquel «vulgar» que con ellos precisamente da los primeros pasos para constituirse en auténtica *lingua imperii*.

Hay una tercera dimensión, aparte de las dos ya señaladas y referidas a la asociación ciudad-universidad y a la longevidad misma de una instalación en la memoria histórica del país, y esta tercera razón constitutiva de implantación en el imaginario deriva en todo de esa última constatación de que la Universidad de Salamanca fue, desde luego, el centro dinámico principal del castellano emergente.

Se trata esta vez también de asegurar la fuerte implantación que la Universidad de Salamanca alcanza a tener en los grandes discursos epocales, donde su presencia crece constantemente, terminando por adquirir el carácter de un *topos* de la tradición literaria, y convirtiéndose además

en un lugar de referencia insoslayable de hacer para los eruditos, la turbamulta de los literatos hispanos que desean medrar amparados por su prestigio, y en cuya evocación encontrará siempre los trazos de una encantadora nostalgia: «Que enhechiza la voluntad de volver a ella», según diría el principal de los ingenios españoles. Para estos últimos, la Universidad salmantina se convierte en aquello que predica de ella alguno de sus *mottos* y empresas: *alma mater*. Madre o nodriza (que transmite el alimento de la lengua), pero también referente real cuyas solicitaciones jamás se agotan en el imaginario.

Es, pues, la creación de vínculos profesionales, pero también de experiencia de vida y de sentimientos en los grandes y significativos intelectuales hispanos de todo tiempo –y, también, de los extrapeninsulares, los venidos allende el Atlántico y, también de la «raya» fronteriza de los dos principales reinos ibéricos, sobre todo en su primer momento–, el que asegura y potencia extraordinariamente la *imago* universitaria salmantina. Su figura –de nuevo: su particular *sello*– siempre aparece, aun acaso a contraluz, insinuado sobre todo en los discursos textuales de quienes se llamaron a sí mismos «hijos» de las *Academias* salmantinas.

En apoyo de este valor que la institución atesora en cuanto «casa» de innumerables hombres de letras –y, en realidad, espacio de formación para la práctica totalidad de las élites de saber y de poder hispanas durante casi dos siglos– vienen, sin dudarlo, los grandes hombres y el nombre que los reúne a todos, un poco tardíamente, pero en todo caso soldando épocas, estableciendo continuidades y unificando bajo una misma poderosa imagen, inamovible, «eterna», la corriente de los siglos transcurridos: Miguel de Unamuno. El filósofo español por excelencia de todo el determinante siglo XX resulta que es también «rector» y fiel desposado con la institución a la que defiende y ama con palabras memorables, que no han dejado de surtir todavía efectos a ambos lados del Atlántico.

Creación colectiva, el imaginario se alimenta de construcciones conceptuales, de lugares comunes, de palabras de autoridad. En ese imaginario –vasto y por esencia inespecífico–, la Universidad de Salamanca ha excavado un lugar extremadamente caracterizado, idiosincrático, y lo ha hecho a través de una pluralidad de vectores de los que en justicia no puede darse una total y cabal cuenta, pues ciertamente sucede que los discursos que mantienen tal resonancia del nombre resultan

ser al cabo infinitos, dialogando entre sí en el espacio de una historia que dura ya ocho cumplidos siglos.

La *imago* de la Universidad de Salamanca vive también de haber anexionado espacios que en justicia no le pertenecían, pero sobre los cuales ha ejercido una suerte de atracción polar. Desarrolladas a su vera, las «escuelas» de Salamanca proliferan y sostienen la mitopoética de una ciudad toda ella convertida al ejercicio de las Letras y del Pensamiento. Teológica Salamanca, pues, lo que llevaría a la ciudad a ser considerada una de las «christianópolis» de Occidente; pero también, y casi en mayor medida, «poética», «literaria» Salamanca, transformada en capital lírica (entonces: «Muerto me lloró el Tormes en su orilla»: Góngora); laboratorio del arte de la lengua castellana.

Y junto a estos dos discursos influyentes y principales que ayudan a caracterizarla, la sensación extendida de igual manera –al menos a lo largo de todo el Antiguo Régimen– de que la Universidad de Salamanca concentra la producción legitimadora jurídica –en ambos derechos, civil y eclesiástico– de que necesitó dotarse el Estado imperial para articular su «política

propia» también sobre otras plataformas continentales.

Prestigio derivado, pues, de esa precisa topologización y radicación territorial de los discursos formantes de Estado y de comunidad (aunque esta lo fuera, hasta cierto punto, comunidad «imaginada»), donde habitaron al menos por un tiempo las «hispanas musas renacientes». Lo que refuerza extraordinariamente la densidad de significación que de por sí tenía ya la célula universitaria salmantina, en cuanto epicentro feliz de todas las ciencias cultivadas (*Princeps omnia scientiarum*).

Aunque constatemos periódicamente la caída ocasional en el tiempo de uno de los vectores de prestigio, ello no logra con todo hacer declinar la estrella de esa misma Universidad, pues sucede que cuando, en efecto, la decadencia llega inevitable a la teología o remueve los cimientos jurídicos y termina por afectar incluso a la misma filología clásico-humanística, cosa que sucede avanzado el siglo XVII, otras potencialidades y otras imágenes acudirán al recambio simbólico de este centro de cultura valiosa.

Pues puede decirse verdaderamente de un icono que es tan poderoso en su momento de

triunfo (cuando la Universidad de Salamanca fue florón de la Corona hispana y era *Iberiae fulgor*) como resulta también lleno de significación alegórica en el momento mismo en que se inaugura su decadencia (la unamuniana Salamanca vuelta universitaria «tumba de almas, dura fortaleza»).

La literatura, el universo de la ficción, acabará, en todo caso, radicándose en la Salamanca universitaria, finalmente concebida como la ideal «república literaria», tal como esta fuera soñada por un Saavedra Fajardo, el principal de los politólogos del pasado hispano; y, en todo caso, en aquella, en la ciudad letrada por excelencia de toda la Península, toma presencia la idea de que tal vez pudiera existir, sí, un «lugar de la palabra». Un espacio hecho para el lenguaje, y también formalizado y caracterizado por él en cuanto «solar de las Letras hispanas».

En todo ello vemos fundamentarse una mitología del ámbito en extremo literaturizado, colmado de relaciones fantásticas, cuando no *fantasmáticas*, en un punto espectrales. Su fuerte marca de personalidad enraizada en el pasado hispano proyecta la Casa del Saber entonces como escenario ideal para los sueños de no se sabe qué perdida edad, son sobre todo memorias, *memoriales*. Del retiro

luisiano hasta la autocaracterización que de sí hace Lope de Vega en cuanto «estudiante de amor en sus riberas / más que de sus escuelas celebradas», pasando también por las extravagancias picarescas que inventa Lesage para su estudiante de Salamanca. El eco de estas llega hasta el eros funeral con que Espronceda inviste el ámbito de los estudios salmanticenses. Todo, en efecto, sirve para estimular una imagen colectiva sobresaturada de signos culturales, aunque terminen por arrojar un saldo en claroscuro.

De esta manera un espacio real, pero limitado y condicionado en lo político y en lo económico por su inevitable condición de periferia y margen, acaba por segregar de sí un imaginario que se expande y opera en el seno de una espacialidad totalmente virtual, cual es la de la propia esfera de la cultura. La impostación del ámbito del saber salmantino es evidente. Su imagen vive más allá, al parecer, de lo que constituye su propio cuerpo y materialidad; e, incluso, puede asegurarse que aquella, después de todo, ya no se ve afectada por circunstancia material alguna. Situado en un lugar extrahistórico, lo mítico, lo imaginario que se le atribuye vive merced a los discursos que lo han fundamentado desde el pasado hasta llegar a las puertas del hoy.

Sostenida y legitimada por ello, la Universidad entra en el espacio donde opera la construcción de un «alma» irreductiblemente singularizada donde reside uno de los misterios de la identidad nacional.

Esta última característica clausura el trayecto de la institución por la historia. La Universidad se presenta como el archivo de una identidad, por lo demás hoy en peligro en todo Occidente por la extensión de una cultura de la homologación de las antiguas diferencias a la que denominamos *globalización*.

Espacio excesivo, desmesurado; en todo caso, colmatado de referencias singulares. Cornucopia barroca, a cuyo repleto depósito una vez y otra hay que volver para trazar en él caminos y genealogías que se pierden en el pasado, y cuyos lazos con el presente y aun con el futuro parece que es trascendente mantener ahora mismo, en el momento –fines de la segunda década del siglo XXI– en que justamente el espacio de saber occidental sufre una de sus grandes remodelaciones y cambio de paradigma, una transformación que, definitivamente, alejará de nosotros toda la experiencia material, dejando virtualmente intacta acaso solo su figura, su *imago*.

Presencia de una ausencia que alentará en el imaginario colectivo que, en cuanto acumulación de pasados, ha de permanecer en la forma de un sintagma aurático:

Universidad de Salamanca

Imago universitatis

Colección Eternos, IV

EDICIÓN NO VENAL
Octubre de 2018

© del texto: Fernando R. de la Flor

© de la edición:
Oficina del VIII Centenario Salamanca 2018

Depósito Legal: S. 402-2018

Composición, impresión y encuadernación:
Nueva Graficesa S.L.

Hecho en la UE - Made in UE